Filiación poética de Jaime Torres Bodet

Perfección y medida.—El nombre de Jaime Torres Bodet ha viajado por todas las latitudes sobre el lomo de media docena de libros. Las revistas literarias, en su vuelo cosmopolita, han preparado un amplio horizonte a la voz del poeta. Nos era ya conocida y amada la manera de su canto; pero es sólo en *Destierro* donde hallamos su filiación poética definitiva, o sea la medida exacta de su sueño y la estatura verdadera de su poesía.

Jaime Torres Bodet nos dá esta vez una versión pura del mundo. En su libro las cosas se iluminan de pronto, en su cara más secreta, con una luz inocente. Mundo de lo imperceptible y lo impalpable, en su construcción hay algo de la arquitectura del humo. Desterrado de la realidad, el poeta crea otras realidades—de materia poética—igualmente vivas y animadas: «La cigueña de la lámpara, el oso amaestrado de la alfombra y esos misteriosos cirujanos que son las sillas, se congregan de noche para la autopsia de las lunas muertas». «El espejo cuenta al revés sus cadáveres. Los visillos amortajan a los paisajes reclusos. Como en el Teatro de Cocteau, del armario sale un médico a examinar la herida del clavel en la solapa del vestido inmóvil». «Por la humedad de los muros resbala una galera dormida». (1)

La poesía de Torres Bodet es arbitraria, sobrerrealista. Es una rehabilitación de la fantasía de los mejores tiempos de la creación literaria. Esta poesía se mantiene sin un desmayo de principio a fin, desarrollándose en versos largos y numerosos como los pliegues del mar. Los bloques límpidos, cargados de lírica sal, dejan al descubierto de vez en cuando una escama reluciente o un mineral maravilloso.

En este *Destierro* no hay tortura íntima ni drama. Hay la luz de la pupila asombrada ante un espectáculo irreal. La expresión poética se ordena conforme a los cánones de la arquitectura, en una sabia simetría, y alcanza los planos más altos de la serenidad. No hay rastros de lucha interior por la conquista de la expresión justa. El verso está hecho de un material transparente y fluido que corre con naturalidad arrastrando imágenes inéditas. No hay abundancia sino selección y sobriedad clásicas. Amplitud resonante donde irrumpen frecuentemente las flautas cortas y delgadas de los endecasílabos.

Los motivos modernos, abordados con un dejo de maestría y clasicismo, adquieren un encanto nuevo y perdurable. Se exalta sobre todo el viaje. Entendido que en tren de lujo, que no se parece en nada sin embargo al *pullman* de Paul Morand y de A. O. Barnabooth que canta cínicamente *les borborygmes*. Nuestro poeta viaja en un vagón de felpas y vidrios asépticos.

Hay un escalofrío de urbe civilizada en esos poemas donde se mezclan las

(1) Jaime Torres Bodet: *Destierro*. Editorial Espasa-Calpe. Madrid. 1930.

—Envío del autor—

Jaime Torres Bodet

realidades mecánicas, las pausas efímeras del silencio, los panoramas barajados al azar, la obsesión purificadora del hielo, el secreto descubierto de las cosas que nos circundan. El poeta inventa una especie de mitología moderna: La Virgen de los Termómetros, el Visir de los Cines, las Reinas de los Telescopios.

La poesía de Torres Bodet es densa, rica, nutrida de bellezas interiores, honestamente disimuladas; y el material idiomático de que está construida aparece rejuvenecido, ganancioso de excelencias y virtudes nuevas. Las palabras son tan ligeras que podrían pesarse solamente «en una balanza de música». Hay algunas que se han unido por primera vez en acoplamientos sorprendentes y otras que se han embellecido por vecindades armoniosas. El vocabulario es hermoso y disciplinado y en él cada palabra está cumpliendo su rol poético.

Destierro es una serie de poemas ejemplares de la intimidad. No es un destierro del cielo, como el del poeta de *Sobre los ángeles*, sino un destierro en el Sueño. La narración de este viaje a través del sueño está contenida en el libro desde la partida, ante la presencia invitadora y sobrenatural de la lámpara, hasta el *regreso* al mundo de las formas concretas y familiares. Torres Bodet nos ha dado con su última obra uno de los mejores exponentes de la poesía de evasión en nuestra lengua.

Imagen.—Un libro de poesía es un registro del mundo. Registro en extensión o en profundidad. El ser poético viaja lo mismo a lo largo de los continentes geográficos que a través de las latitudes espirituales del planeta. Muchas veces se enriquece de singulares hallazgos. El poeta, por un pequeño salario de gozo, emplea su vida en esta especie de registro civil de la belleza, investiga el parentesco de las cosas y lo anota virginalmente en su cuaderno.

Jaime Torres Bodet cataloga imágenes de aparente sencillez aunque de perspectivas recónditas. Mas bien dicho, por medio de imágenes registra sus impresiones del mundo exterior y relata su propia historia emocional. Su imagen es sintética, destilada como una esencia sutil, cuajada en múltiples facetas, «químicamente pura» Imagen despojada, geométrica, precisa como un teorema y hecha para ser captada totalmente por los ojos, sin intervención de la voz, menos del canto. Poesía visual, en esquemas, donde se adivina el trabajo de la mente y la aportación de la cultura. De una cultura conquistada a fuerza de las más altas disciplinas y de la poda severa de lo espontáneo y lo exhuberante.

El ojo del poeta sigue el contorno del mundo material, aprisiona su ser profundo y verdadero, lo guarda cuidadosamente hasta su cristalización definitiva y lo devuelve luego en categoría de pensamiento. El sentido del color, el humorismo—un humorismo que resuma apenas de algunos poemas—, la construcción de lo arbitrario, se nos manifiestan discretamente en imágenes compactas. He aquí una cristalografía de *Destierro*.

Imágenes de color:

Todo el invierno ha llegado en esta carta
de Rusia.
(Pág. 21)

la ternura de una toronja en el país de un
frutero vacío.
(Pág. 22)

la hoja de la retama
contaba el color del tiempo.
(Pág. 31)

y la soledad de la garza se multiplica de
pronto por la frecuencia del mirlo.
(Pág. 33)

Batallas del sonido contra el aire,
de la voz contra el eco, del calor
contra la geometría del diamante.
Te encarcelaré con triángulos, fulgor.
(Pág. 44)

en que los automóviles estampan
tropeles de fantasmas
sobre paredes de papel poroso.
(Pág. 95)

(Aquí pasa una sombra de Rafael Alberti.)

Humorismo, casi podríamos decir también sentido de lo que los franceses llaman *bizarre*, hay en la siguientes imágenes:

La Tierra cuelga del clavo
en que la colocó una mañana de invierno
el señor Laplace.
(Pág. 102)

Qué metálico Dios
¿en este mar de nieve en que me lanzo
ordena
la pesca de mi cuerpo destrozado?
(Pág. 119)

La Tierra está pendiente del capricho de
un jugador de billar.
(Pág. 55)

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "